

Amplia y acertada reforma en la Catedral

QUINCUGESIMO ANIVERSARIO

I

En el primer decenio del siglo XX, la Diócesis de Burgos atravesaba un período de verdadero mimo, en el orden de restauraciones arqueológicas, que bien merece ser recordado a título de gratitud. Briviesca inauguraba jubilosa la nueva espadaña del templo parroquial de San Martín, monumento construido en los siglos XV y XVI, que posee un altar gótico y un retablo de escuela flamenca, de los más interesantes del arzobispado. Frías, continúa decididamente las obras de reparación de su parroquia, cuya bella torre románica habíase derruido pocos años ha, arrastrando en la caída, una zona no pequeña de sus bóvedas. Y la célebre iglesia de Villahoz, construida en estilo alemán, siglo XIV, ha sufrido un devastador incendio, que destruyó una parte notable de las cubiertas. Mas, por fortuna, ¡del mal el menor!, el altar mayor, magnífico exponente del Renacimiento español, quedó intacto, sin sufrir deterioro alguno, y los recursos para su restauración se obtuvieron pronto, lo cual permitió una rápida reconstrucción.

Mas lo que supuso máxima ventaja en el orden histórico y estético fue, sin duda, la labor restauradora catedralicia.

Por lo que a nuestra Catedral interesa, hemos de consignar que hace cincuenta años dióse por terminada una de las restauraciones de más envergadura y de las más acertadas que ha experimentado en este período contemporáneo.

Refiérese al claustro procesional (o claustro nuevo), cuyos trabajos, después de 12 años de incansable esfuerzo, iban llegando felizmente a su fin, en el año 1911.

Y aún ha de destacarse, más particularmente, la instalación de la soberbia vidriería claustral, que tan altamente la enriquece.

En primer lugar, he de hacer notar que el Claustro a que aludo apare-

ce ya en muy remotos documentos, con el título de «Claustra nueva», señal de que debió existir una «Claustra yieja»; y cierto es, pues de ella tenemos restos notables: la capilla del Santo Cristo y el vestuario de canónigos.

Forma el Claustro un cuadrado imperfecto, de lados casi iguales, correspondiendo a sus galerías, alas o estaciones, distinta anchura, cuyo promedio es de 6,50 m. Su estilo es el gótico, del mejor período, como levantado en el último tercio del siglo XIII.

La importancia artística es de por sí digna de conjunto Catedralicio. Su decoración policromada, bastante rara en España, la hace extremadamente curiosa, y la flora de sus capiteles y archivoltas es tan rica y variada, que incluye la fitomórfica acuática de la región.

El Claustro consta de dos pisos: alto y bajo. El notable desnivel en que se encuentra edificado el Templo, la vertiente Sur de la colina do se asienta el castillo, hizo necesario dar al Claustro las dos plantas.

Así, pues, la diferencia de elevación entre ambos equivale a la altura de la escalera del Sarmental que facilita la subida a la puerta homónima, cuyo umbral corresponde a la misma altura que el pavimento interior de naves y capillas.

La gallardía de sus ventanales, partidos en cuatro compartimentos por la grácil esbeltez de tres maineles y coronados por la belleza de luminosos rosetones polilobulados; contrafuertes entre ventana y ventana (tanto los que corresponden al interior, como los que, en hacecillos de columnas, miran al patio); las bóvedas, de resaltados nervios, y, finalmente, los adornos, estatuas de santos, sepulcros de guerreros y magnates, prelados y prebendados, y otras manifestaciones artísticas de fauna y flora, hacen a esta parte objeto merecedor de un estudio detallado.

El patio, llamado hasta el último siglo «Campo Santo», pues sirvió de cementerio do se enterraban los capitulares, de admirable armonía estética, por su gracia y uniformidad, tiene veintisiete m. de lado. Las fachadas están integradas por salientes contrafuertes con trepados, columnillas que terminan en agujas, recorridas todas ellas, tanto en la división entre los Claustros alto y bajo, como en la terminación del superior o alero del tejado, por fajas de follaje en relieve, junto a la crestería calada. Los ventanales ostentan una cenefa de cabezas sobre arquería ojival.

En el centro del patio se yergue un gran crucero de piedra, constituido por aguja gótica florida, sobre gradería, exornada en cada lado por una efigie que posa en correspondiente repisa, terminando en cruz de hierro, obra del siglo XVI, con múltiples relieves repujados, entre los que destacan el busto del Salvador en el centro, y los de los cuatro evangelistas, en las caras de los brazos.

El suelo, relleno por igual de tierra para hacer posibles los enterramientos, ha sido rebajado en más de un metro.

Sobre el pozo por donde discurren las aguas pluviales a la red general, se ha instalado un artístico brocal, que sostiene una armadura en hierro, a la que adornan cabezas humanas, trabajadas al estilo del siglo XIV.

Se han completado los elementos decorativos del piso superior, que estaban muy deteriorados; mas en la parte baja, ha sido necesario ejecutar de nuevo muchas piezas, habiendo logrado acertada armonía entre los ejemplares recientemente producidos y los que quedaban de anteriores cinceles.

Por otra parte, para instalar el domicilio de sacristanes y personal de servicio en el Templo, habíase levantado sobre las galerías una construcción secundaria, que daba un aspecto de pesadez a todo el Claustro, con no pequeño riesgo, además, para la solidez del edificio. Una inundación, acaecida a consecuencia de la ruptura de las cañerías de evacuación del agua pluvial, puso de manifiesto el peligro, que hubo que conjurar rápidamente. Se impuso la demolición de este malhadado pegote, que se sustituyó por una balaustrada calada de rosas polilobuladas.

Sobre las pilastras se han ejecutado cabezas de ángel, innovación que el restaurador ha estimado oportuno para establecer armonía con los que de aquí se divisan sobre el cuerpo de luces de la nave mayor, ábside y girola.

En el interior de la parte baja, la labor de la restauración fue muy importante, porque muchas bóvedas estaban ahumadas o recubiertas de cal y las galerías aparecían cortadas por tabiques o muretes antiguos, para hacer así diversas sacristías de servicio para las capillas instaladas en el piso alto de la Catedral. Todo ello ha desaparecido, pudiendo hacerse el recorrido por los tres lados del Claustro, protegidos por vidrieras policromadas; el cuarto lado, que corresponde a la calle de Nuestra Señora de la Paloma, ha sido conservado, como desde su origen, completamente al descubierto, para que se pudiese a la sazón, desde la misma calzada, gozar de una vista general, a través de las grandes arcadas, por donde se entraba en los tenduchos, en épocas de mal gusto, instalados en estos bajos, y por donde, bajo sus bóvedas rebajadas, discurren hoy los peatones, en marcha paralela a la calle.

El director de estos trabajos fue el célebre Lampérez y Romea, autor de la obra «Historia de la Arquitectura Cristiana Española», insigne arquitecto, conservador de esta Catedral durante largos años, benemérito de las artes patrias y en especial de Burgos, no obstante las discusiones, agrias a veces, que provocó su gestión.

Gracias a un concienzudo estudio de los restos, mudos testigos de

obras precedentes, particularmente de lo ejecutado en el siglo XVII, ha conseguido, afortunadamente, restituir al Claustro su pristino esplendor.

II

El arte del vidrio realiza, a partir del siglo XII, la revolución de la arquitectura eclesiástica. Las Catedrales rasgan las altas paredes para dejar pasar a raudales la claridad exterior, difundiendo en la penumbra el prodigio de un arco iris teológico.

«Se siente a la Divinidad más hondamente (decía Guillaume Durand) cuando el recuerdo de la escena evangélica nos llega encendido por un rayo de luz».

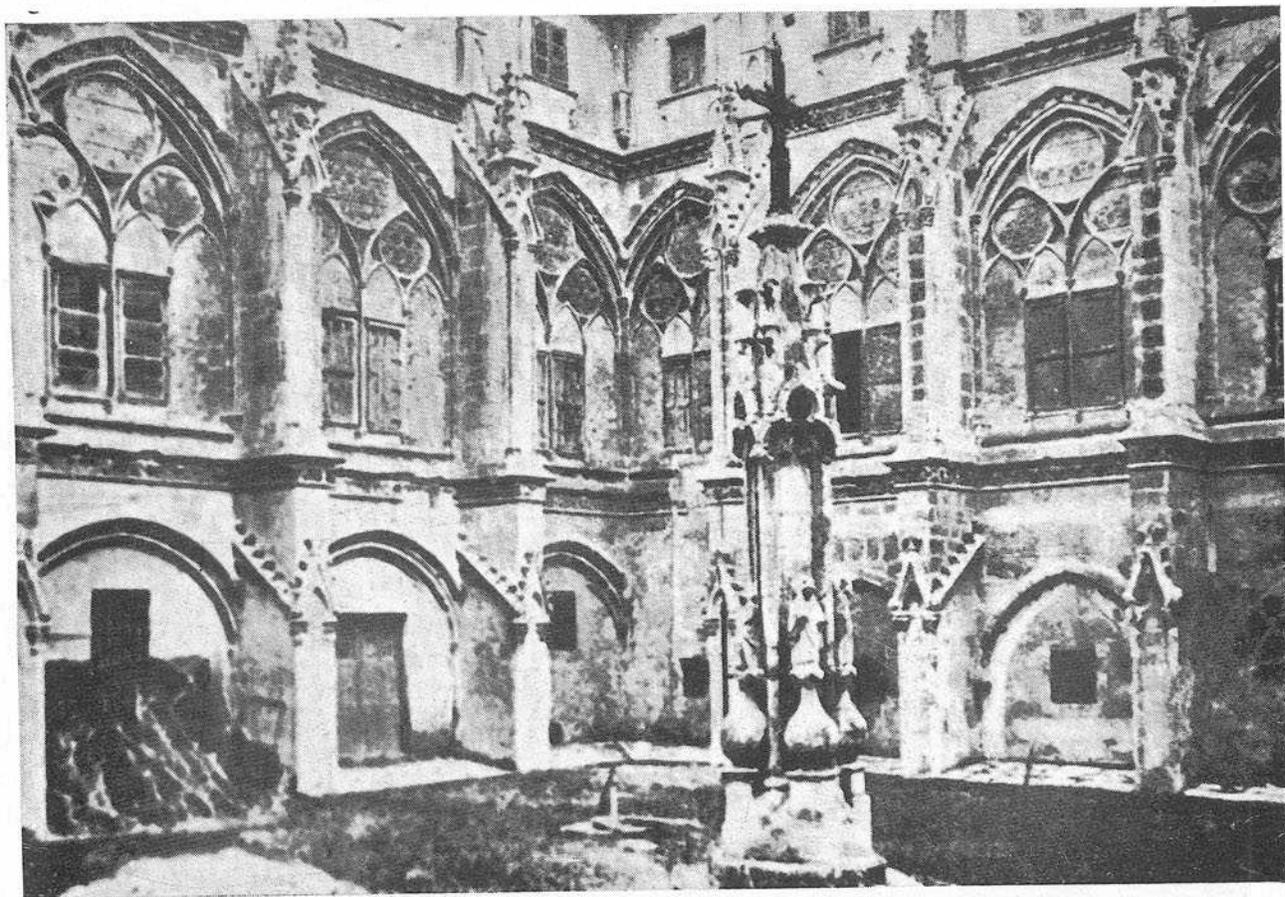
Una de las Artes de la gran familia del dibujo y colorido es el Bello Arte de la Vidriería. Si quisiéramos exponer la Historia de la Pintura, prescindiendo de las bellas producciones en vidrio, no lo pudiéramos hacer; ya que son muchos los artistas del pincel dedicados, directa o indirectamente, a beneficiar el arte del vitral, bien dibujando cartones que luego ejecutaban técnicos de la vidriería, o poniéndolos sobre superficie transparente.

Se cree fundadamente que la fabricación de vidrieras en colores era ya practicada por los romanos. Sin embargo, no hay pruebas fehacientes de su existencia hasta el siglo XII. En este siglo y en el siguiente, las piezas de vidrio de diferentes colores, reunidos sobre la red de plomo, forman un mosaico variopinto en el que el dibujo de formas y ornamentación está limitado por el enlace de plomo, el que precisa, a veces, ligero trazo hecho a pincel.

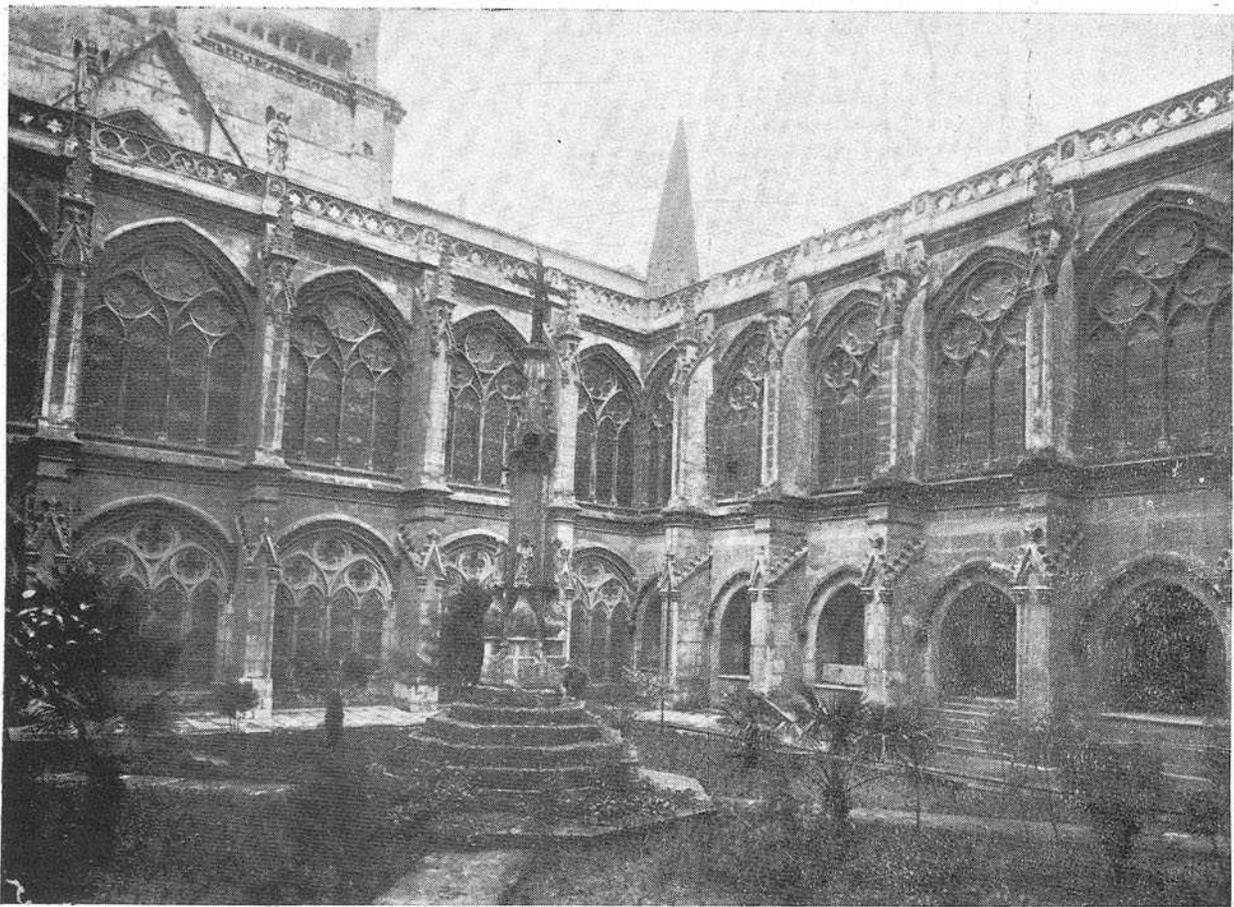
En las primitivas producciones, correspondientes a estos dos siglos, la ornamentación de la vidriería, esencialmente decorativa, ha de producir mosaicos luminosos, no otra cosa, en los que las formas geométricas, el círculo, el losange, el rosetón, el trevolado, denuncian la naturaleza innegable de la vidriera; sensación pura de la luz y de los colores, el ritmo de tonos y matices.

La fabricación de la vidriera-mosaico es mucho mas fácil que la de las vidrieras de carácter antropomórfico, donde la verdadera complicación, sobre todo por las operaciones de dibujo, y cocción simultánea de vidrio y óxidos, reclama delicadísima atención.

Mas para obtener una perfecta vidriera polícroma en épocas posteriores, no basta que un excelente artista del lápiz o del pincel dibuje sobre cartón una maravillosa traza, cuya ejecución confíe a un hábil oficial de vidriería. El vidriero de ser artista que componga personalmente sus car-



PATIO CLAUSTRAL. — Antes de la Restauración.



PATIO CLAUSTRAL. — Después de la Restauración.

tones, o bien el pintor ha de dominar el oficio, eligiendo él mismo las piezas de vidrio, conociendo los requisitos para la inserción en plomo, retocando con su propia mano los trazos y medias-tintas de ligación.

La pintura sobre fondo transparente ofrece en su ejecución extraordinarias dificultades, que nada tienen de común con la representación en tela, ya que los efectos que se logran en superficie que atraviesa la luz no pueden obtenerse por la superposición de colores sobre plano intransparente.

La técnica de este arte se hace, pues, sumamente complicada, y precisa de artistas plenamente conocedores de los secretos prácticos de su labor, cuando pierde su carácter de mosaico, y abandona las suaves tonalidades de sus reiterados tonos azules.

El vidrio se coloreaba aplicando sobre su superficie, blanca o de color, una capa policroma de esmalte que se vitrificaba al fuego.

Los diseños y claro-oscuro se ejecutaban con óxidos de zinc a trazos negros, se fijaban sobre el cristal mediante varias cochuras, según el punto de fusión que a cada óxido correspondiere.

En los colores dominaban el azul turquesa, verde, encarnado, amaranto.

El vidrio coloreado con pasta, se cortaba con hierro al rojo.

A fines del siglo XIII y comienzos del XIV tuvo lugar la clara y neta distinción entre la labor creadora de los pintores y la ejecución técnica de los vidrieros.

En el siglo XIV ganaron estas obras en la perfección del dibujo; pero decayó mucho la brillantez del colorido; estaban constituidas por piezas de gran tamaño, las figuras adquieren mayores proporciones y el fondo era monocolor.

Cada siglo contó con la iniciativa que permitía la materia utilizable, respondiendo además al gusto imperante en su época. Así en los siglos XV y XVI adquieren mayor desarrollo los detalles arquitectónicos, formaban los fondos cortinas adamsadas de gran riqueza, ornadas con hojas y flores, y dominaban los tonos claros.

En el Renacimiento se siguió el refinamiento propio de la Edad. Sobre fondos y montantes ojivales se recibieron piezas ornadas a tenor del arte clásico: grafitos, vidriados, todo sobre aureo follaje.

En el siglo XVIII se descuidó esmalte y cochura.

Los artistas modernos se esfuerzan denodadamente y con éxito, en el ejercicio especializado del vidrio.

Posee hoy la vidriería, a más de los recursos antes conocidos, abundantes elementos de producción reciente: los ópalos, los vidrios alabastrinos, colores siena, etc., que pueden ser empleados en parigual maridaje

con los elementos llamados antiguos, y aumentar la riqueza cromática por la abundancia de materiales. Utiliza el mismo plomo, el despiece, y biselado de las superficies, para lograr efectos de policromía. Y para el más puro y natural tamizado de la luz, recientemente se sirve del mismo aire que regula entre doble placa vitrea superpuesta.

III

Las vidrieras comienzan, seguramente, en nuestra Catedral por el siglo XIII, ya que se alude al lugar *do labra el maestro de las vidrieras* (1) en documento que corresponde al año 1327.

Dos siglos más tarde el Cabildo confiaba por diez años, que finirían el 1508, a Juan de Valdivielso y Diego de Santillana el cuidado de las vidrieras de la corporación.

El insigne Arnao de Flandes estuvo al servicio de la Catedral durante un período de veinte años, que comienzan el 1510 como maestro de vidriería, ayudado por su hijo, Nicolás de Vergara.

A éstos sigue pléyade ilustre de egregios maestros, como Gaspar Cotín (1538), Juan de Arce (1544), Valentín Ruiz (1611), Francisco Alonso (1645), Simón Ruiz (1652) y Francisco Alcalde (1682).

Todos ellos, avecindados en nuestra ciudad, prodigaron sus producciones artísticas por todo el ámbito peninsular, enriqueciéndose así el tesoro patrio con las obras de los talleres burgaleses en esa doble centuria. Es lástima que no nos sea dado admirar las obras de estos artífices, que lógicamente habían de ser más numerosas en Burgos, y guardar paralelo con la magnificencia de la Catedral. La turbonada napoleónica hizo desaparecer, en 13 de junio de 1813, las exquisitas producciones que tan cariñosamente habían nuestros mayores venido conservando a través de los siglos.

Durante los azares de la guerra de la Independencia, con la voladura del Castillo, ejecutada por los franceses, desapareció la colección, valiosísima por su número, enormes proporciones y excelente ejecución, que en el correr de los tiempos produjeron los ya celebrados vidrieros, vecinos de Burgos y otros, si no de su categoría, dignos discípulos suyos.

Por razón del asunto pueden clasificarse (a base de fuentes históricas) en cuatro grandes grupos: 1: Tipo «mosáico». 2: Escenas bíblicas y Cristología. 3. Mariología. 4: Hagiología cristiana.

Pero de ella únicamente quedan el rosetón del imafrente de la fachada

(1) Véase «La Catedral de Burgos», por Teófilo López Mata, 1950, p. 422.

del Sarmetal, ¡loado sea Dios!, atribuido a Jeán de Vienne?, que (por estar al lado opuesto del Castillo) pudo resistir el embate de la explosión, algunos restos de vidriería propios de la Capilla del Condestable y conservados en sus sitios, y residuos informes de los ventanales en general, que combinados hábilmente, constituyen los óculos existentes sobre las puertas laterales de la Plaza de Santa María.

Posteriores a este trágico suceso son las que tenemos actualmente en las naves. Las siete del brazo N. del transepto fueron ejecutadas por los años 1871-1878, en la casa Zettler, de Munich, a expensas del arzobispo, Sr. Rodrigo Yusto. Las ocho de la Nave Mayor lo fueron el 1880, por Mayer, también de Munich. Las seis del Brazo S. del Transepto fueron construídas por Maumejean de S. Sebastián, en 1913, y las de la Capilla el Smo. Cristo son de factura coetánea.

IV

D. Juan B. Lázaro fue arquitecto de sólida formación clásica, que dejó bien asentado su prestigio en la amplia y acertadísima restauración que hizo por los años de 1890 en la Catedral leonesa. Por lo que corresponde a Burgos, también se conservan hondas huellas de su labor. A su brillante talento se debe la hermosa capilla gótico-plateresca del viejo seminario de S. Jerónimo y también la iglesia, de tendencia goticista (a excepción de la torre cupuliforme que posteriormente ejecutó el Sr. Moya) de las Salesas.

Este constructor, de temperamento proteiforme, dió un paso de gigante en su magisterio artístico. Precisamente, cuando trabajaba en la restauración de aquella catedral su pericia, pletórica de ciencia, de lógica, de números, de cálculos, hubo de sentir una honda emoción estimuladora de la inventiva: el sortilegio de lo impalpable, el mundo inmaterial y mágico de la vidriera, con sus joyas y sus rubíes, carbones encendidos y brasas de luz eterna, que tan a maravilla habían de realzar los amplios fenestrajés leoneses.

Su genio creador ideó como medio de llevar a buen fin su labor, el establecimiento de un taller de vidriería artística, en los aledaños de la Catedral Legionense. Como quien dice «poner los materiales al pie de obra».

Al montarle cúpole la inestimable suerte de contar con la inteligente y leal colaboración del Prebendado leonés, D. Clemente Juan Bolinaga Fernández,, nacido en Castil de Lences, en 1835. Hijo de Higinio Bolinaga Diez, vivió largas temporadas en León, allado del tío paterno, D. Guillermo, artista que con su pincel supo granjearse notable prestigio en tierras leonesas, y de éste, al calor familiar, logró brillante carrera eclesiástica, y a la

vez el exquisito gusto estético que más tarde demostrara. De Castil de Lences trasladose su familia a Abajas. Hase el apellido «Bolinaga» vinculado actualmente a la villa de Oña.

Nuestro paisano supo traducir en tangibles realidades las ingeniosas concepciones del laureado maestro.

Al trasladar el Sr. Lázaro sus talleres a Madrid, aún continuó don Clemente en León, la industria primitiva, hasta su muerte.

Estos dos artistas trabajaron denodadamente para cumplimentar los encargos del Sr. Lampérez, bajo cuya dirección se instalaron muchos miles de metros cuadrados de vidriería multicolor, que lanzan innumerables reverberos de luz polícroma en maravillosa fusión ambiental, hasta obtener dentro del lugar sagrado una luz discreta, propicia extraordinariamente al recogimiento, a la plegaria y a la meditación.

El estilo, de tendencias geométricas con sentido de la medida, de líneas cruzadas, como el paisaje de la gleba, de lo cual resulta austero simple y robusto, es muy aproximado al románico. En consonancia presenta sobriedad en adornos y colores, reflejando con el naturalismo las peculiaridades raciales de los habitantes de la meseta: serenidad de ánimo, señorío y ademán de hidalga ponderación.

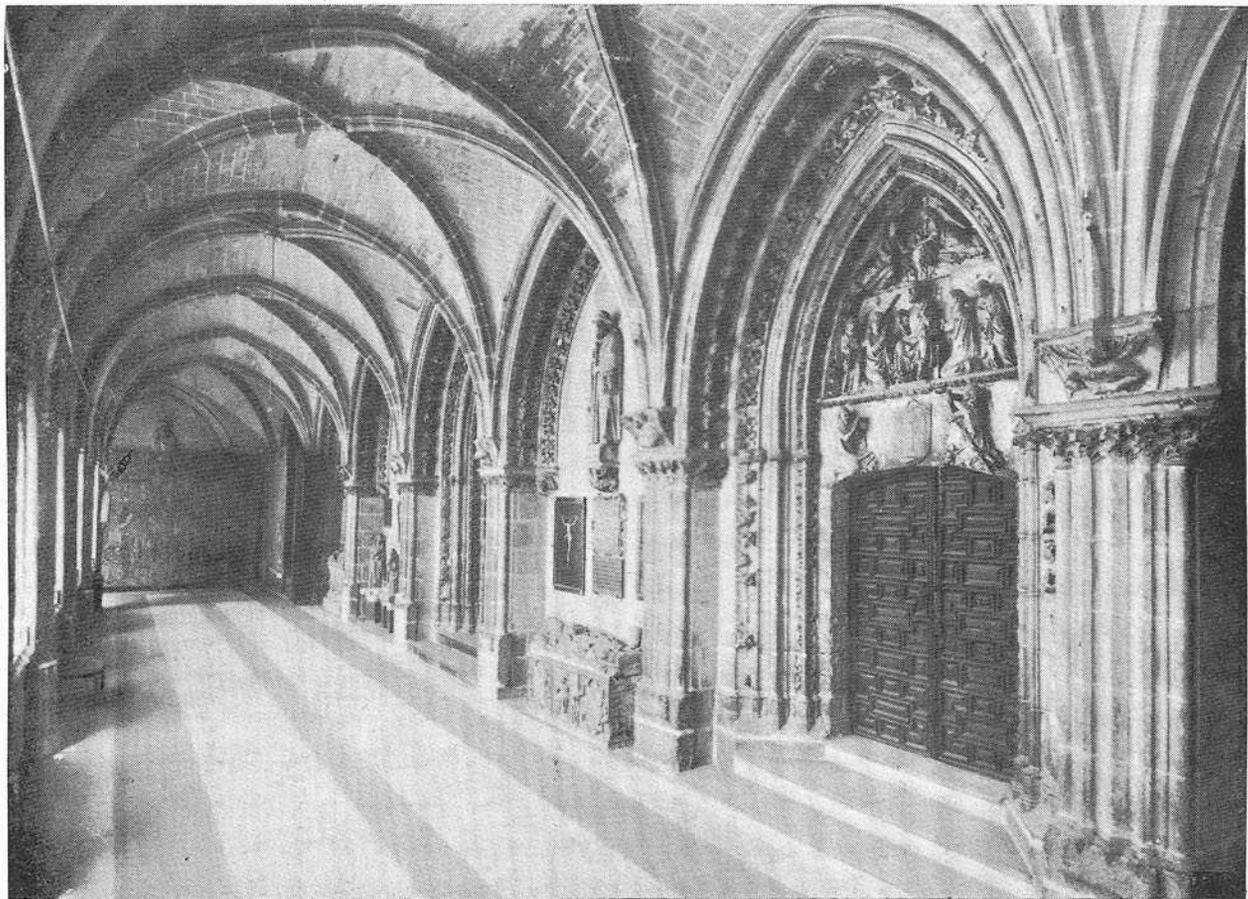
La idea surgió de un modesto beneficiado de esta Catedral, D. Dionisio Sanz, natural de Murillo del Río Leza, en la Rioja, prebendado fallecido en 19 marzo de 1909.

Consignó su proyecto de dedicar una vidriera polícroma para el Claustro en el testamento; y es muy de tener en cuenta que tan «lumino-sa» idea surgió de un invidente, a quien el buen Dios, en sus inescrutables designios, quiso madurar para el cielo con una prolongada ceguera, que acrisoló su virtud durante nueve años.

Su ejemplo fue seguido por varias entidades burgalesas: Cabildo, Diputación, sociedades culturales y relevantes personalidades de la aristocracia y de la política, cuyo recuerdo perdura colocado en la rosa focal sexqui-lobulada, que centra el campo de la curva ojival, en graciosa viñeta, de ordinario blasonada, o con breve leyenda.

La producción que analizamos corresponde a ambos claustros, alto y bajo. Bien que el inferior no debió tener nunca cristales, como que sirvió de cementerio, y la fotografía que presentamos, correspondiente al período anterior a la restauración, aparece con esas partes cegadas. La parte superior presenta reducidos tragaluces, protegidos con vidrio de tonos acentuadamente verdosos, en la parte que no fue tabicada de los ventanales.

Para la descripción de cada ejemplar conviene que tengamos en cuenta la disposición claustral. Hemos de considerar al claustro dividido en cuatro galerías, llamadas también «Estaciones», iniciando la exposición



GALERÍA CLAUSTRAL. — Lado de Mediodía.

por la de la Galería que está frente a la gran portada, y en su parte del fondo, que a estos efectos llamareros la primera.

Es la que el benemérito D. Dionisio Sanz mandó ejecutar, carente de leyenda y de blasones.

La segunda vidriera presenta en la roseta dos iniciales, F A., en ingenioso enlace, que alude al nombre ventajosamente recordado del político D. Francisco Aparicio y Ruiz. En plena juventud había iniciado sus actividades públicas; en los años de viriles arrestos, y con madurez de criterio, ostentó reiteradamente, sin solución de continuidad, la representación del distrito de Burgos en las Cortes nacionales, y este es el título consignado: «Diputado a Cortes», culminando su brillante carrera como Ministro de la Corona, en el departamento de Instrucción Pública.

El tercer vitral, que encierra en su ojiva el «Caput Castellae», con la expresiva leyenda «Prima voce et fide», corresponde a la ciudad de Burgos, representada en él por tantos títulos ilustre Ayuntamiento.

La cuarta ventana luce la vidriera obsequio de la Excma. Diputación. Como adorno ostenta el escudo con los dos motivos heráldicos de la provincia, y de fondo la leyenda: Diput. Prov. Burgos, testimoniando una vez más la cordial y completa inteligencia que siempre ha mediado entre las tres corporaciones, la Municipal y la Provincial, de un lado y de otro el Cabildo, en el desarrollo de sus específicas actividades, que de consuno redundan en beneficio de los intereses tanto espirituales como materiales del pueblo burgalés.

La vidriera quinta es obsequio de los Condes de Liniers, Excmo. señor don Santiago de Liniers Gallo-Alcántara y señora. El apellido Liniers, de origen francés, quedó estrechamente enraizado en el album de las gloriosas gestas españolas, desde el año 1807, en la persona de D. Santiago Liniers, bravo marino al servicio de España, organizador y caudillo de la victoriosa resistencia contra los ingleses ante Buenos Aires. Nacionalizada la stirpe en España, vinculóse pronto entre nosotros, por entronques con la familia de D. Antonio Tomé, hasta considerar hoy día a Burgos como su casa solariega.

La siguiente fue donada por la familia Muguíro. D. Juan Muguíro y Carsí, cuñado de Liniers, era uno de los hombres más sinceramente enamorados de su Burgos, a la que sirvió, con el notable prestigio de su relevante personalidad, dentro de las altas esferas nacionales, en muy diversas actividades, encaminadas siempre al impulso de los más elevados intereses morales y materiales de la región.

Galería Segunda

La primera vidriera de esta galería es en memoria y recuerdo de don Bernabé Fernández-Cavada y Espadero, a quien se la dedican cariñosamen-

te sus allegados. Era hermano «segundón» del Conde de las Bárcenas, don Bonifacio, que había fallecido en Caldas de Besaya (Santander) en 1896. La segunda y cuarta, ostentan en el óvalo los blasones inquívocos de la Catedral, «la jarra de las azucenas», estilizadas en flor de lis; lo que indica que el donante fue la Fábrica Capitular.

El ventanal tercero ostenta la singular donación de una vidriera, en recuerdo de D.^a Toribia Villamiel Foncea, cuya memoria quieren perpetuar con ejemplar cariño «su viudo e hijos». El donante (modesto, pues oculta su nombre), era D. José Miguel Oliván, persona conocidísima en Burgos, y lo mismo sus descendientes, buenos vecinos de la Catedral, que en varias generaciones han venido desarrollando sus actividades a la vera de ella.

La quinta vidriera presenta en su óvalo corona marquesal y león coronado. Aunque luce cenefas ondulantes, va sin leyenda que permita atribuir a determinada persona el obsequio.

Galería Tercera

El primer ventanal presenta vidriera que acusa notablemente unidad de estilo con la precedente (última de la 2.^a galería) y con la cuarta de la presente, El óvalo encierra el castillo de Burgos, inclinado y bajo corona condal. Sus caracteres de hermandad son la aspereza de luz y dibujo y la presencia de cenefas flotantes, sin leyendas.

La segunda vidriera está dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, con el «Sol Bernardino», como tema central. Fue, sin duda, generoso donativo, debido a la esplendidez del «Apostolado de la Oración» de Burgos.

La tercera ventana se cubre con vidriera, debida a la munificencia del Ilustrísimo Sr. Canónigo D. Manuel Rivas y Mateos. Era D. Manuel sacerdote fino, puro nervio y dinámico, que llevó durante varios pontificados la pesada carga de Canciller-Secretario del Arzobispado con ejemplar meticulosidad. El buen Dios concedióle una extraordinaria longevidad; tal, que le consintió ser prebendado en doble serie, es decir que, jubilado al tiempo reglamentario, aún repitió otro plazo no menor. Esto le permitió ser testigo muy íntimo de las variadas efemérides; serias y graves, unas, prósperas y placenteras, otras; las que gustaba comentar en sus momentos de intimidad, demostrando un conocimiento completo de toda la Archidiócesis, bajo los aspectos geográfico, histórico, humano, personal y sobre todo religioso. S. S. Benedicto XV, quiso premiar tan abnegados servicios, creándole Prelado Doméstico, honor que ostentó hasta su muerte, ocurrida el 13 de agosto de 1929.

El cuarto ventanal luce espléndida vidriera, que en el óvalo del centro encierra expresivo el tema heráldico del donante, el Círculo de la Unión,

Sociedad Recreativo-Cultural, fundada luengos años ha, en los comienzos del 1881. Son dos manos afectuosamente entrelazadas, que indican a maravilla el origen de la entidad procedente de la fusión de dos sociedades, el *Círculo Recreativo* y la *Amistad*. Eran sus respectivos presidentes en el momento de la unificación el probo y competente notario, D. José Cormentzana, consecuente político tradicionalista, y D. Diego de la Riva, firmemente acreditado en el ambiente financiero del Burgos de entonces.

Las dos últimas vidrieras de esta tercera galería, y las seis restantes de la cuarta constituyen un lote espléndido, producto del generoso mecenazgo de una por muchos títulos esclarecida estirpe, que honró a Burgos en la última centuria. Me refiero a la ilustre familia de los Nero y Salamanca y de sus enlaces, tan gratamente vinculados a esta noble tierra por lazos de sangre y de cariño.

La vidriera del sexto ventanal fue donativo de don José Antonio Ortega, generoso caballero, que dedicó sus actividades a las obras de caridad, en especial a las Conferencias de San Vicente de Paúl, incipientes a la sazón en Burgos, correspondiéndole el mérito de haber sido el Secretario de la primera Junta que funcionó en nuestra ciudad.

Termina la galería con el vitral donado por la Excm. Sra. Condesa Viuda de la Vilueña.

Galería Cuarta

Es la primera vidriera obsequio de D. Vicente Alfonso Ortega Arnáiz, fervoroso y entusiasta promotor, desde los comienzos, de la Procesión burgalesa del Santo Entierro, que tan esplendoroso auge ha logrado en nuestros días. Oficial de Caballería del ejército Carlista, enlazó con el linaje de Vilueña, por matrimonio con D.^a Juana del Nero y Salamanca.

En la segunda vidriera, donación debida al espléndido regalo de la esposa del precedente, «D.^a Juana del Nero, de Ortega», según consigna la leyenda. Hija de los Condes de Castroponce, vivió muchos años en el palacio de la Vilueña, sito en el Espolón, rodeada hasta el fin de sus días del cariñoso respeto popular.

El tercero y cuarto vitral, fueron generosa ofrenda de los Excmos. señores Condes de Castroponce y Torrehermosa, quienes dieron singular ejemplo de munificencia a sus hijos, los que continuaron el mecenazgo de los mayores.

Finaliza la serie con dos vidrieras donadas por los dos hermanos, hijos de los Condes de Castroponce, hermanos del heredero de los títulos, don Felipe del Nero y Salamanca, Iltmo. Sr. D. Raimundo del Nero y Salamanca, y Sra. D.^a María del Nero y Salamanca.

En todos ellos resplende la corona condal, sobre las piezas heráldicas de los Castroponce y los Torre-Hermosa.

Podrá el progreso moderno, con su fiebre constructiva, desdibujar poco a poco, en aras de la urbanización que se impone, el arcaico contorno de la ciudad; podrá ésta, como acertadamente lo viene haciendo, renovarse, rejuvenecerse, ponerse a tono con las imperiosas exigencias de los tiempos; contará, en días no lejanos, con amplísimas avenidas, espaciosas plazas y un ambiente ilimitado de posibilidades culturales, comerciales e industriales; constituirá centro principalísimo de comunicaciones, estratégica y económicamente considerado.

Pero en el concepto universal de las gentes, serán sus insignes construcciones arquitectónicas las que seguirán imprimiendo el sello de autenticidad al vetusto solar de la Cabeza de Castilla y, por doquier, la primera de sus joyas monumentales ostentará la augusta representación de la patria de Diego Porcelo, Laín Calvo y Rodrigo de Vivar.

Para el hijo nativo de estas tierras, lo que vinculará el ayer con el mañana de la vida burgalesa, como impronta indeleble que campea en el libro grande de la Gran Historia, es la estampa evocadora de la Catedral, constituyendo delicado regalo del espíritu, para el que, con alas en el corazón, al par que se libera del burdo materialismo de la época, sabe remontarse a las puras regiones del ideal.

MANUEL AYALA LOPEZ